

Y este espectáculo de carnes desgarradas vivas, de miembros rotos entre las presas, de entrañas aun palpitantes arrastradas por la arena, hará correr por las gradas del anfiteatro tales estremecimientos de alegría que para saciar más los ojos y el ansia del corazón y el corazón de aquel pueblo, se anunciará por edicto un nuevo género de suplicio, el condenado á las fieras.

Ennio ha dicho: «Por las costumbres y los hombres de los antiguos días se conserva la república.»

Moribus antiquis stat res romana, virisque.

Este tema del antiguo poeta se ha seguido por los que no ven que la renovación de las cosas es la ley del mundo ni que la vida de los pueblos como la de los individuos, es una perpetua sucesión. Así, ¡cuántas declamaciones contra el presente en favor de lo pasado, contra el lujo y los peligros que ocultan aparentemente suntuosos tapices, vasos preciosos y tantas inútiles bellezas!

No queremos volver á empezar el proceso tan ingenuamente hecho, sobre este capítulo de acusación, á la sociedad romana; pero si diremos con la sabiduría de las naciones, que la riqueza que no es el fruto del trabajo y de todas las virtudes que de él se derivan, no aprovecha á sus poseedores; que la fortuna mal adquirida se va como ha venido dejando tras sí muchas ruinas morales; y añadiremos con la experiencia de los economistas, que el oro es como el agua de un río: si inunda súbitamente, devasta; si llega por mil canales y circula lentamente lleva la vida á todas partes. Europa, á partir de la segunda mitad del siglo XIX, ha visto semejante inundación de oro proveniente de los plaeles de América y de Australia; pero estos capitales producidos por el trabajo le sirvieron para rehacer su herramientaje industrial y resultó de esto un enorme aumento de la riqueza pública y también de la privada. Al contrario, por la guerra, el pillaje y la rapiña, pasó súbitamente Roma de la pobreza á la opulencia y el oro de la conquista no sirvió más que para el lujo estéril de los que lo poseían. Fácil es representarse la perturbación causada por este cambio repentino: las costumbres no pudieron resistirse, y el contagio del ejemplo y la facilidad de encontrar nuevos placeres, llevaron rápidamente la corrupción al seno de casi todas las principales familias romanas. «Después de la conquista de Macedonia, dice Polibio, se creyó que se podía gozar con toda seguridad el imperio del mundo y sus despojos (1).»

Es preciso pues aceptar como verdad histórica estos versos de Juvenal: «¿Preguntas de dónde provienen nuestros desórdenes? Una humilde hacienda mantenía en otro tiempo la inocencia de las mujeres latinas. Largas veladas, manos endurecidas en el trabajo, y Aníbal á las puertas de Roma, y los ciudadanos en armas en las murallas, defendían del vicio las modestas viviendas de nuestros padres. Ahora sufrimos los males de una larga paz: más temible que la espada, la lujuria ha penetrado entre nosotros, y el mundo vencido se ha vengado de nosotros dándonos sus vicios. Desde que Roma perdió su noble pobreza, Síbaris y Rodas y Mileto y Tarento, coronadas de rosas y empapadas de perfumes, han pasado á nuestros muros (2).»

Esta plaga que tan profundamente alteró la alta sociedad de Roma, duró dos siglos y medio, desde P. Emilio hasta Vespasiano. Ya se verá cómo fueron menester cinco ó seis

circenses sesenta y tres panteras, cuarenta osos y elefantes. A partir de esta época, no fué ya permitido á un edil curul dispensarse de dar al pueblo luchas de animales fieros.

(1) Polib., XXXII, 11.

(2) Sat., VI, 286-297.

generaciones de libertinos, de viciosos, para disipar el botín de la conquista, para calmar la sed de goces y gastar aquella aristocracia senatorial, que á fines del primer siglo de nuestra era, fué reemplazada en el gobierno por la aristocracia de provincias con mejores costumbres. En su prólogo de los *Tres denarios* da Plauto al Lujo por hija la Indigencia. Dejemos pasar un siglo y veremos á aquellos nobles mendigar en el palacio de Augusto y de Tiberio: un siglo más y habrán desaparecido.

Viejos romanos hicieron vanos esfuerzos para atajar el contagio. En 204, fueron degradados siete cónsules por los censores y por Catón otros siete; nueve en 174, y mayor número todavía en 164. Pero la misma censura vino á ser premio de la intriga, y Valerio Mesala, en otro tiempo censurado, llegó á ella en 154. Desde entonces ya parecieron autorizados todos los desórdenes, y hasta el año 116 no hubo ya en el senado una sola expulsión; pero este último año, degradó Metelo de una vez treinta y dos senadores. Entre los expulsados en 174 había un antiguo pretor y otro en ejercicio, el hijo del Africano. Y un Fabio Máximo hacía una vida tan licenciosa, que el pretor Pompeyo tuvo que ponerle un curador.

Los más ilustres personajes se deshonoraban con escandaloso impudor. En 181, el censor Lépidio, príncipe del senado y pontífice máximo, empleó el dinero del tesoro en construir un dique en Terracina para preservar sus tierras de la inundación. El censor Fulvio quitaba las tejas de mármol del santuario de Juno Lacinia para cubrir un templo que hacía edificar en Roma. Obligado el senado por la indignación pública á condenar el sacrilegio, se contentó el censor con llevar las tejas al patio del templo. Un antiguo cónsul, Acilio Glabrio, pretendía la censura, cuando fué acusado de concusión. Catón juró que no había visto en el triunfo ciertos vasos de oro y de plata que viera en el campamento de Antíoco, y el candidato á la censura fué condenado á una multa de 100,000 ases. Aca-so era una venganza de los nobles de raza contra un *hombre nuevo*.

Pero estas concusiones no eran sino muy comunes. Un comisario del senado en Iliria, Decimo, se dejó cohechar por el rey de este país para hacer una memoria favorable. En 141, un Metelo fué llamado de España, donde la guerra prometía gloria y provecho: irritado el general desorganizó el ejército, destruyó las vituallas y hasta mató los elefantes. Otros, al contrario, rehusaban el mando de las provincias que no ofrecían gran lucro. Licinio en Grecia hacía dinero de todo, llegando á vender hasta las licencias de los soldados, es decir el honor del ejército y la seguridad de la provincia. Un Fulvio Nobilior licenció de una sola vez toda una legión.

Dos cónsules se disputaban un gobierno. «Creo, dijo Escipión Emiliano, que se les debe excluir á los dos, porque el uno no tiene nada y el otro no tiene bastante nunca.»

Desde el tiempo de Plauto no se creía ya en la buena fe romana. Si Júpiter, aseguraba el poeta, abriera su templo á los perjuros, no habría para ellos bastante espacio en el Capitolio. Y más tarde dirá Laberio en pleno teatro: «¿Qué es juramento? Un emplasto para curar deudas.»

Los censores y los ediles encargados de la policía de las costumbres, como no disponían de ningún medio de acción, no hacían sino de tarde en tarde algún ejemplar, que no intimidaba á nadie. En otro tiempo no había habido necesidad de una vigilancia de todos los instantes: en primer lugar, la antigua religión no legitimaba el desorden; luego, en aquellas pequeñas repúblicas, donde cada uno vivía á la vista

de los demás (1), la vida casta y laboriosa, la frugalidad, el desinterés parecían virtudes necesarias al Estado y los mismos ciudadanos hacían la policía de las costumbres. Pero en aquella inmensa Roma, capital del mundo y sumidero del universo, ¡cuántos vicios debían saciarse en público y cuántos atentados cometerse impunemente! Spongamos á París privado súbitamente de los que guardan la paz: nuestras mujeres no podrían salir á la calle ni de día y al oscurecer tendríamos que cerrar nuestras puertas.

La insuficiencia absoluta del servicio de las costumbres y de la seguridad fué en Roma una de las causas que precipitaron la república: estando permitidos todos los excesos, muchas gentes se lanzaron á ellos, y cuando ya no hubo freno en las costumbres, no lo hubo tampoco en la política.

Montesquieu lo ha dicho y la razón lo comprende: el Estado republicano en que el poder ejecutivo es siempre débil, no puede durar sino con las costumbres que sean freno voluntario de la libertad; no teniéndolo ya ni la clase directa ni lo que se llamaba pueblo, se soltaron todos los lazos que mantenían unida la sociedad en otro tiempo; hasta el más fuerte, el lazo de la religión, estaba también para romperse.

III. — RELAJACIÓN EN ROMA DE LA RELIGIÓN NACIONAL

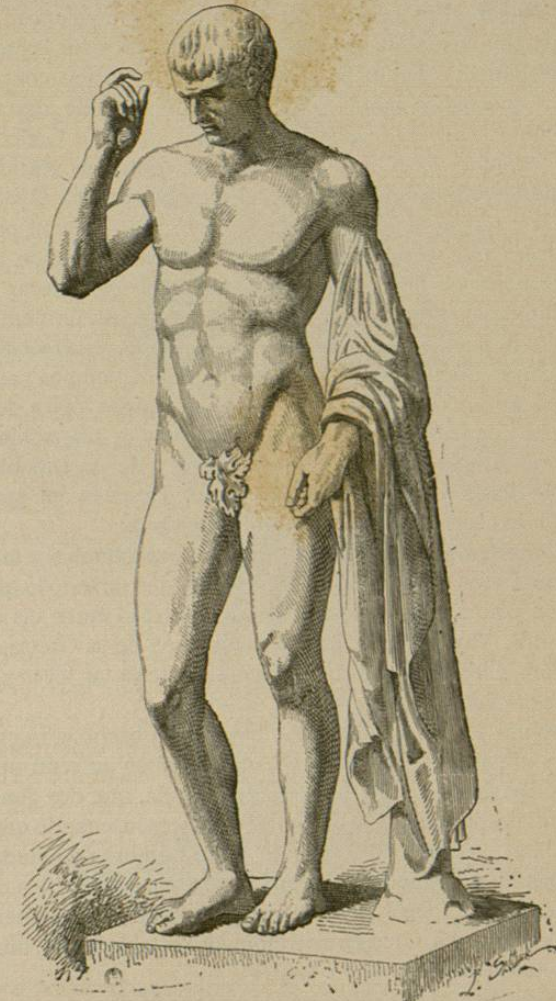
La filosofía no había provocado estas novedades; pero ya se ha visto que por muchas de sus escuelas había suministrado razones para crearlas legítimas. Los viejos romanos la hicieron responsable de los cambios que producía la *fatalidad histórica*. «Yo, decía Pacuvio, odio á esos hombres que pasan la vida filosofando, sin obrar, sin hacer nada más.» Era el grito de la conciencia romana, Catón, que llamaba á Sócrates charlatán, y que lo hubiera condenado segunda vez por haber querido modificar las costumbres de los antepasados, Catón decía á su hijo: «Acuérdete bien de esto y tenlo por palabra del oráculo: cuando esa raza nos haya invadido con su literatura, se perderá Roma.» Catón fué ciertamente uno de los autores del famoso senado-consulta de 161, que proscribió la filosofía. Seis años después la proscripción volvía á Roma.

El senado quería la paz entre sus súbditos, y habiendo saqueado los atenienses una ciudad beocia, confirió el arreglo del negocio á Sicione que condenó á los asaltantes á dar 500 talentos, multa enorme que Atenas no podía absolutamente pagar. Para pretender una rebaja y hacerlo con eficacia envió á Roma en embajada á los corifeos del Pórtico, del Liceo y de la Academia, ó como dice Plinio, «á los príncipes de la sabiduría.» Eran el estoico Diógenes, el peripatético Critolaos y Carneades, gran dialéctico y poderoso orador, á quien la naturaleza había dado «todas las armas de la fuerza y de la gracia» (153).

Mientras el asunto se ponía á discusión, los tres embajadores dieron lecciones públicas. La juventud acudió en masa á estas cátedras, sorprendida y encantada de aquel mundo nuevo que aquellos ilustres griegos abrían á sus ojos. Sin embargo, entre los romanos, pueblo de acción, la filosofía griega no podía obrar sino por su influencia directa sobre las ideas, que eran cortas, y sobre las costumbres que ya se

(1) La ley Orquia dispuso también en 191 que, durante la cena que era la principal comida de los romanos, permanecieran abiertas las puertas de las casas, á fin de que todos pudieran ver si se observaban las prescripciones de las leyes suntuarias (Macr., Sat., II, XIII). Los romanos, dice Plutarco (Cat., 23), no creían que se debiera dejar á cada uno la libertad de casarse, de tener hijos, de elegir un género de vida, de dar festines, de seguir, en fin, sus deseos y gustos sin someterse al juicio é inspección de nadie.

corrompían. Para ellos, Aristóteles era sobrado abstracto; Platón demasiado entusiasta; indiferentes á los *átomos* de Epicuro, como á las *catálepsias* de Cenón, dejaban los dogmas por sus consecuencias. Critolaos les decía muy bien: «El objeto de la vida es el ejercicio perfecto de la razón.» Y Diógenes: «La virtud es el único bien; el vicio el único mal.» Los romanos admiraban, sin comprenderla bien, esta moral y esta ciencia austeras que pretendían poner la justicia absoluta en las cosas en que el antiguo genio de los latinos no ponía más que la sabiduría práctica, es decir, para el individuo la consideración de su interés personal, para el



El Orador (2)

Estado, la del interés público. Pero prestaban su atención al fundador de la tercera Academia, Carneades, que socavaba todas las escuelas descubriendo sus flaquezas, y arruinaba la religión, mostrando que la gran prueba de la existencia de los dioses, el consentimiento universal, había llegado á mil necesidades; el culto, probando que no había razón para admitir un dios más bien que otro; los oráculos, oponiendo la libertad humana; la moral sosteniendo victoriosamente causas contradictorias.

(2) Museo del Louvre, núm. 712 del catálogo Clarac. En esta estatua, una de las mejor conservadas que poseemos, se ha visto alternativamente á Mercurio, á Germánico, á Flaminio, etc. En la concha de la tortuga, animal consagrado á Mercurio, una inscripción en caracteres del último siglo de la república nos da á conocer el nombre del autor de esta obra maestra: Cleómenes, hijo de Cleómenes Ateniense. La Venus de Médicis es de Cleómenes, hijo de Apolodoro, de lo que se ha supuesto que el uno era padre del otro. Hay conformidad hoy en ver en esta estatua un orador. Fué comprada en el reinado de Luis XIV por mediación de Poussin.

Cuando jugaba así con los más grandes problemas, hacía brillar Carneades su agudo ingenio y ganaba en Roma una popularidad útil al objeto de su embajada. Su famoso discurso sobre la sabiduría política fué una defensa indirecta y habilísima de Atenas, que entrando al pillaje á Oropo, había cometido un acto injusto, pero útil, como Roma había hecho en mil casos con su sabiduría. Se ha dicho que esta escuela, de que Cicerón fué discípulo, no merecía todo el descrédito en que cayó, y cítanse del grande orador estas peligrosas palabras: «Defender el pro y el contra es el medio más seguro de llegar á la verdad.» Defender no; inquirir sí; porque la duda y el examen de todas las fases de una cuestión son el procedimiento científico por excelencia, el que elimina las falsas hipótesis y sólo deja subsistir las teorías verdaderas. También es menester que de estas controversias que hacen tantas ruinas necesarias, quede algo en pie, como la luz que salió de los vasos rotos de Gedeón. Pero ¡cuántas veces, llevado y traído en contrarios sentidos por sutiles discusiones, túrbase el espíritu, fluctúa la conciencia y se pierde el sentimiento de lo justo! Con el probabilismo que enseñaba la nueva Academia, carecen las inteligencias de firme apoyo, tan necesario para llevar la vida honradamente. Así, reconociendo y todo que fermentos de muerte pueden ser también fermentos de resurrección, comprendo que el obstinado defensor de los tiempos pasados, el severo Catón, se alarmara ante aquella lógica destructora que parecía un arma de combate y de liberación á hombres fatigados de sus supersticiones y de las tinieblas en que hasta entonces habían vivido. Después del gran triunfo de Carneades Catón corrió al senado.

«Contestemos cuanto antes, dijo, y despedamos sin más demora á esos hábiles habladores. Persuaden de todo lo que quieren y no se sabría desembarazar la verdad entre sus argumentos. Vayan allá á instruir á los hijos de la Grecia, y guardemos los nuestros sumisos como antes á las leyes y á los magistrados.»

Pero era ya demasiado tarde: habíase ya hecho la iniciación, y al partir de Roma Carneades, dejó en su seno una curiosidad fatal, aquella filosofía de la duda, que dos generaciones después inquietaba también á Cicerón, cuando quería hablar, no como filósofo, sino como hombre de Estado. «En cuanto á la nueva Academia, decía, me guardo bien de provocarla é imploro su silencio, porque si se precipitara sobre los principios que en este momento establecemos, muy luego no dejaría más que ruinas.»

La influencia de Carneades fué continuada por su sucesor Clitómaco, que si no enseñó de viva voz en Roma, propagó en ella á lo menos el escepticismo con sus escritos, de los cuales dedicó uno al poeta Lucilio y otro al cónsul Censorino.

La invasión fué rápida. Menos de dos generaciones después del senadoconsulto, que decía de aquella manera imperativa con que hablaba el senado: «Que salga de Roma esa gente, *uti Roma ne essent*,» iba Pompeyo á Rodas á saludar al filósofo Posidonio y bajaba ante la ciencia sus fascas consulares, prohibiendo á sus lictores llamar, según el uso, á la puerta de la casa (1).

El movimiento que arrastraba á los espíritus en esta dirección era independiente de Carneades y de todas las escuelas filosóficas. El abatimiento de la religión nacional data de más lejos. Cuando una calamidad, peste ó hambre, incendio ó desastre militar, desolaba la ciudad, se irritaban más los romanos por el daño que los dioses no evitaban, que

reconocidos se mostraban por las victorias, en que había puesto el valor del soldado la mayor parte, y se imaginaban que aquellos divinos valedores de sus antepasados habían perdido su poder. En vano multiplicaron los templos y sacrificios, las expiaciones y los juegos sagrados, durante los calamitosos tiempos de la segunda guerra púnica: el cielo había permanecido mucho tiempo sordo á sus ruegos y recurrieron á las supersticiones extranjeras. Después, muerto Aníbal, y alejado el peligro, disminuyó á su vez el prestigio de las divinidades de los vencidos, á lo menos para con los nobles, para los cuales, Ennio, un protegido de Catón, había traducido en latín el libro de Evemero (2). Este viajero decía haber visto en una isla inmediata á la Arabia una columna de oro en la que estaban grabados los hechos y la muerte de Saturno, de Júpiter y demás dioses, antiguos reyes de aquel país, á los cuales la credulidad popular había atribuido la divinidad. Era destruir de un golpe todas las religiones paganas poblar el Olimpo de hombres divinizados.

Y Ennio no respetaba más á los sacerdotes que á los dioses. Sus sarcasmos, dirigidos al parecer sólo á los charlatanes, iban mucho más arriba. «Desprecio, decía, á los augures del país de los marsos, lo mismo que á los arúspices de aldea, á los astrólogos de las esquinas, á los adivinos de Isis y á los intérpretes de los sueños: en ellos no hay ni arte divina ni ciencia humana; son desvergonzados embaucadores, holgazanes ó locos, miserables todos acosados por el hambre. No saben adónde ir y pretenden dirigirnos; prometen tesoros y nos piden un óbolo. Qué tomen de estas riquezas anunciadas el óbolo y nos den el resto.»

Pero es menester hablar gravemente de las cosas tenidas por graves en concepto de los creyentes. Lo que Ennio desprecia con tanta razón era el fondo mismo de la religión latina, porque los antiguos romanos consideraban los signos, que los sacerdotes interpretaban, como una *revelación* divina incesantemente renovada por dioses presentes siempre en medio de su pueblo.

Así los hombres de Estado, dejando libre vuelo á los poetas y letrados, mantenían con su respeto aparente la vieja institución. «No es fácil, decía el pontífice Aurelio Cota, no es fácil negar en público que hay dioses; pero en privado ya es diferente (3).» Y así lo hacía.

Un amigo de Catón, el consejero de Escipión Emiliano y el más honrado de los hombres de aquel tiempo, Polibio, disgustado de la religión popular, que había venido á ser una escuela de escándalo para unos, y para otros una grosera superstición, desterraba de la historia á la Providencia, á la cual reemplazaba por el austero sentimiento del deber individual y público. Negaba que hubiera penas reservadas á los malos; pero establecía severa responsabilidad ante la conciencia y la sociedad; en fin, con ese soberbio desdén de la multitud que tienen con frecuencia los espíritus superiores, no consideraba el culto como un freno útil para gobernar á los hombres (4). Cuando se ve que Catón, augur y censor, no comprendía cómo dos arúspices podían mirarse sin reírse, no se extraña ya que el gobierno dejara ultrajar impunemente á los dioses, con tal de que se respetara á los magistrados (5).

(2) Discípulo de Teodoro, por sobrenombre *el Ateo*. (Diodoro, V, 44-46.)

(3) Cic., *de Nat. deor.*, I, 26; II, 3; y *de Div.*, II, 24. César, pontífice máximo, era ateo.

(4) Polib., VI, 56. Para Varrón, el pontífice Escévola y para el mismo Cicerón la antigua religión no era más que un medio de gobierno.

(5) S. Agust., *de Civit. Dei*, II, 12.

(1) Plin., *Hist. nat.*, VII, 31... *fascas litterarum janua submisit*.

Los hábiles, Varrón, por ejemplo, y el pontífice máximo Escévola que fué cónsul el año 95, salían del embarazo distinguiendo muchas clases de teologías: la de los filósofos, que la razón discutía; la del pueblo y del Estado, que las leyes debían respetar y defender. Esta, como se ha visto, no consistía más que en secas y vanas formalidades, que no interesaban la inteligencia ni el corazón; la segunda era inaccesible al vulgo y no engendraba más que la duda: únicamente la primera, la de los poetas, era amada y viva. Pero ¿qué enseñanza resultaba de aquellas escandalosas imitaciones de las comedias licenciosas de Atenas en que se entregaban los dioses á la irrisión de sus adoradores?

Por más que se expulsara de Roma á los filósofos y á los retóricos, su influencia quedó allí, y la educación griega sustituyendo á la educación etrusca, derramó en el seno de las familias y en el corazón de las generaciones nacientes el desprecio de las antiguas costumbres y de la religión de los antiguos.

Los decretos de expulsión no alcanzaban tampoco más que á los maestros célebres, dejando libres á la oscura multitud, que acudiera á la gran ciudad, á aquellos *Gréculos* que entraban en todas partes, como esclavos, escultores, pintores, preceptores, parásitos; raza engañosa y trapacera, que se buscaba por su agudeza de ingenio y su encanto de palabra.

En la antigua Grecia la educación de los niños había sido una de las principales atenciones del gobierno; los romanos, salvo la intervención, muy rara, de los magistrados, abandonaban este cuidado á la especulación privada. Polibio les hace de esto una inculpación, y puede deducirse de unas palabras de Plauto el resultado que dió esta libertad: «¿Soy yo esclavo tuyo ó lo eres tú mío?» dice un discípulo á su preceptor en las *Bachides*. Escuchad también las lamentaciones del pobre Lido y la comparación que hace de los nuevos hábitos con los antiguos. Enumerando Terencio los gustos de los jóvenes á la moda, coloca sin reparo á los filósofos con los caballos y los perros de caza (1). Sin embargo, los más ilustres romanos de aquella edad, los Escipiones, Paulo Emilio, toda la nobleza en fin, y todos los que se daban á imitar las buenas formas, rodeaban á sus hijos de preceptores griegos, que era lo que privaba.

Pero como vencidos, como esclavos comprados, ¿podían aquellos maestros educar á los hijos de los vencedores en las severas virtudes de sus antepasados?

«Los romanos, decía el padre de Cicerón, los romanos son como los esclavos de Siria: el que mejor sabe el griego es el más malo de todos (2).»

IV. — POPULARIDAD CRECIENTE DE LOS CULTOS ORIENTALES

Si hay que deplorar la alteración de las costumbres y la introducción de nuevos vicios en la vida romana ¿conviene sentir la obra de destrucción consumada en las creencias? En primer lugar, la decadencia del antiguo culto era inevitable, y es una buena razón para resignarse; en segundo lugar, el punto que ocupaban aquellos errores en los espíritus podrá ser ahora ocupado por una idea mejor de la divinidad que Cicerón va á entrever. Esta muerte era pues una renovación verdadera. Será menester tiempo; porque la duda, precursora de una creencia más pura, no es todavía más que la parte de algunos, y la antigua religión penetraba demasiado en los hábitos de la vida para ser arrancada

(1) ... *Aut equos alere, aut canes ad venandum, aut ad philosophos*. (Andr., 55.)

(2) Cic., *de Orat.*, II, 66.

de ellos fácilmente. Aunque el politeísmo romano daba muy poco consuelo en esta vida y menos esperanza para la otra; aunque se hubiera ya gastado á fuerza de servir, el pueblo no se desembarazaba de los temores supersticiosos que tanto tiempo había alimentado. Continuábase buscando el porvenir en las entrañas de las víctimas y en el vuelo de los pájaros, extraña superstición que no murió sino ayer, si es que está bien muerta, como quiera que subsiste todavía en Grecia. Crefase siempre en los prodigios, y se quería que se expiaran solemnemente en los altares de los dioses. Los senadores mismos se sobrecogían de espanto, cuando algún cónsul les anunciaba que había nacido una ternera con



La Providencia (3)

cinco patas; y dos hombres de tremenda voluntad, Mario y Sila, eran niños en cuanto á presagios. El uno tomaba consejo de la profetisa Marta, y un asno que iba á beber agua, ó dos escorpiones que reñían, le decían lo que debía hacer; el otro tenía fe en los amuletos y en los sueños. Tales como los incrédulos de nuestros días que temen que se les eche una suerte adversa, y ese personaje de comedia, que tiembla al ruido de su máquina de truenos que acaba de recomponer en casa del herrero de la esquina. La superstición y el libre pensamiento hacen excelente pareja en ciertos espíritus, como Dios y el diablo en otros. Algunos después de haber dudado, volvían á creer bajo el peso de la desgracia: esto es también de todos tiempos.

En cuanto á la masa de la población, conservaba sus penates, sus lares, sus dioses rústicos y su fe en aquel Júpiter, *óptimo y grande*, que reinaba en el Capitolio y hacía reinar á Roma en el mundo. Pero muchos también cuyo sentimiento religioso estaba poco satisfecho del árido formalismo de la religión nacional, buscaban nuevos cielos y hacían descender de ellos dioses extranjeros.

(3) Estatua del Museo del Louvre, núm. 323 del catálogo Clarac.